

# Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



**Separata**

**MJ 454** (Noviembre 2014)

estudios

Páginas 15-24

Ponemos nuestros ojos  
en el rostro humano

---

JOSÉ MIGUEL DE HARO SÁNCHEZ, CSSR  
Presidente de la asociación Acoger y Compartir



## Ponemos nuestros ojos en un rostro humano

JOSÉ MIGUEL DE HARO SÁNCHEZ, CSSR

Presidente de la asociación Acoger y Compartir

### Síntesis del artículo

El autor ofrece pistas para integrar el proceso de personalización de la fe, superando las falsas dicotomías que oponen lo interior y lo exterior, la oración y la acción, la fe y la solidaridad. Busca integrar “vida interior y compromiso con las solidaridades humanas”, con esta meta: “Ni una oración sin proyección humana, ni un compromiso humano cerrado al misterio de Dios”.

### Abstract

The author offers tracks to integrate the process of customization of the faith, overcoming the false dichotomies that object the interior and the exterior thing, the prayer and the action, the faith and the solidarity. He seeks to integrate “interior life and commitment with the human solidarities”, with this goal: “a prayer without human projection, or a human commitment closed to the God’s mystery”.

### 1 Una mirada contemplativa

Pese a la ambigüedad que rodea la experiencia espiritual de algunos jóvenes, creo que merece la pena el esfuerzo de proponerles y acompañarlos para adquirir una vivencia contemplativa de la fe. No es fácil, y la cuestión es tan compleja como rica, pero el nuevo renacer espiritual que se está despertando en algunos grupos de jóvenes, ofrece la oportunidad de adentrarnos en el intento.

La propuesta tendría como objetivo integrar el proceso de personalización de la fe, superando cierto lenguaje que disecciona

demasiado lo interior y lo exterior, la oración y la acción, la fe y la solidaridad. Necesitamos encontrar cómo conseguir que acontezca en una misma experiencia la integración de lo que llamamos “vida interior y el compromiso con las solidaridades humanas”. Ni una oración sin proyección humana, ni un compromiso humano cerrado al misterio de Dios. La nueva experiencia cristiana que buscamos tendría que conseguir el acceso a reconciliar en uno mismo, como experiencia de unión, lo que a la hora de hablar presentamos como realidades separadas. Esto es lo que muchos contemplativos y místicos han experimentado y nos han transmitido.

Preparando estas notas, encontré la siguiente cita del Hermano Roger de Taizé: “Ha habido cristianos muy implicados en la vida de los hombres que, al mismo tiempo, han llegado a la plenitud de la contemplación. Santa Teresa de Jesús compraba, discutía de negocios, escribía, y vivía al mismo tiempo, en su vida profunda, la intimidad con Dios. Por algo esta mujer ha sido siempre un ejemplo clásico de contemplativo”<sup>1</sup>. Parecerá que pongo la mirada muy alta al citar a santa Teresa, pero lo que han vivido los místicos y contemplativos es una propuesta para todos. Cada uno desde sus posibilidades es invitado a poner horizonte en su mirada. A los jóvenes, como a nosotros mismos, hay que mostrar no sólo un camino sino también un proceso de plenitud vivida.

Ponemos nuestros ojos en Jesucristo, lo amamos “sin haberlo visto” (1 Pedro 1,8), iniciamos con Él un itinerario de transformación y esto, que afecta a toda la persona, ha de tener también consecuencias sociales. Va todo en la misma semilla. Por eso adquirir, proponer, educar, acoger una mirada contemplativa puede ser una de las vías de acceso a la experiencia que buscamos.

La pluralidad de los Evangelios toma hondura y a la vez se unifica cuando el mensaje que proponemos es que “hemos pasado de la muerte a la vida”, que “nadie ha visto jamás a Dios”, y que “quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Juan 3,14; 4, 12.20). Si a Dios nadie lo ha visto jamás y Él ha querido tomar la carne humana en Jesús de Nazaret y en los que Jesús ama, lo que le acarreó padecer el sufrimiento, el dolor, la pobreza, el desprecio y hasta la traición de sus amigos, no podemos ayudar a descubrir la presencia de Dios en todo lo humano más que a través de lo humano capaz de plenitud.

El año 2015 nos acercará a estos dos contemplativos, Teresa y Roger. Cada uno en su época nos recuerda que es posible unificar en una experiencia la acción y la oración. La vida de intimidad con Dios y la solidaridad con las mujeres y hombres de nuestro tiempo. Supieron contemplar a Dios en la humanidad de Cristo, y en aquellos con quienes Jesucristo se identifica: los empobrecidos. Experimentaron que no se podía separar la mirada a Dios de la del ser humano. Así adquirieron una mirada contemplativa, la misma que buscamos.

## 2 Un proceso de crecimiento

Cuando hoy hablamos de “contemplación” estamos queriendo decir que el dilema entre oración y acción empieza a vivirse, a desear ser vivido, de una manera nueva. En creyentes del siglo XXI despunta un lenguaje más integrador; pero no va a ser fácil, porque no se trata de teorizar, sino de suscitar acontecimientos a través de los cuales germinen los modos nuevos, los cristianos nuevos. Y tampoco es sólo cuestión de estrategia, sino de apertura a la acción de Dios.

Un pequeño ejemplo lo encontramos en la enseñanza catequética cuando hablamos, por un lado, de “Kerygma”, que es el “centro de la actividad evangelizadora”; y por otro, de “iniciación mistagógica”, que el papa Francisco define como “la necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana”<sup>2</sup>. ¿Cómo proponer, facilitar, una experiencia unificadora en la que acontezcan esas dos realidades, personalizando la fe? Él mismo dice que se necesita la “inserción en un amplio proceso de crecimiento y la integración de todas las dimensiones de la persona en un camino comunitario de escucha y de respuesta”<sup>3</sup>. Así,

<sup>1</sup> Roger de Taizé, *Vivir el hoy de Dios*, Herder, pp. 41-42.

<sup>2</sup> Papa Francisco, *Evangelii Gaudium (EG)*, p. 166.

<sup>3</sup> EG 166.

“la profundización del *Kerygma* se va haciendo carne cada vez más y mejor”<sup>4</sup>. Ese amplio proceso de crecimiento debiera hacernos, cada vez más, mujeres y hombres contemplativos, capacitados para dicha unificación.

### 2.1 *Volver a lo esencial de la fe*

Lo sabemos bien: no es posible ser cristiano sin vida del Espíritu, sin interioridad. Pero no está tan claro que sepamos transmitir que esa vivencia no es aún cristiana si no aspira y busca la plenitud humana. Ciertas dicotomías tradicionales hoy no ayudan. Este es un tiempo para ir a lo esencial, a la vivencia del mensaje: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte”<sup>5</sup>. Vivencia que se hace estéril cuando, desde una fe “des-encarnada”, intentamos relacionarnos con un Cristo “sin carne y sin cruz”<sup>6</sup>. Entonces, la experiencia orante nos encierra en nosotros mismos, en nuestra sola problemática personal, opacando toda posibilidad de un horizonte más amplio. El proceso creyente se ahonda cuando el ser cristianos nos va dando una mirada contemplativa de la realidad, y en vez de generar actitudes dualistas, excluyentes, nos ayuda a descubrir llamadas que integran nuestro ser con otros, que unifican.

### 2.2 *La ambigüedad del retorno de lo espiritual*

Este proceso se da en un contexto concreto, en un momento en el que algunos analistas perciben que la “mentalidad occidental” está despertando a una “nueva espiritualidad”: “Las encuestas confirman el retroceso de la práctica religiosa en la Europa occidental y en España. Pero la fatiga del cristianismo europeo contrasta con un creciente interés desperta-

do por la dimensión espiritual, que coincide con la articulación de una cultura posmoderna emergente. Algunos autores han definido este nuevo fenómeno religioso como el “reencantamiento del mundo”<sup>7</sup>. Pero los cristianos sabemos que este “reencantamiento” no puede ser a costa de una huida de la realidad, sea ésta personal o la de aquellos con quienes compartimos la historia. Es un desafío que llama a una vivencia de la fe con mayor credibilidad, menos trucaje y más en la carne de cada día. Por eso los contenidos de la fe son importantes; pero, sin conseguir que acontezca la vivencia personalizadora de la fe, integradora de la persona, facilitadora de plenitud, no pasamos del ámbito de lo inicial.

Josep Otón dice que “aspectos característicos de la posmodernidad, como la desconfianza respecto al racionalismo, la fragmentación del discurso y la ruptura con la tradición, han tenido un enorme impacto en el terreno religioso”<sup>8</sup>. Pero que eso mismo ha propiciado el resurgimiento de una mentalidad “predispuesta a acoger elementos mágicos, míticos, místicos o supersticiosos que parecían erradicados del panorama cultural de Occidente”<sup>9</sup>.

Esto nos tiene que llevar a dudar, a discernir, a no dar por válida cualquier expresión espiritual con pretensiones de contemplación cristiana. “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”, pero entre “los suyos” no todos la acogieron (Juan 1,14). Agudicemos la mirada creativa, porque “entre nosotros hay uno a quien no conocemos suficientemente”, y porque “para nuestra modernidad, el ateísmo no se basa en la certeza de que Dios no exista, sino más bien en la opinión de que la idea de Dios es funesta para el hombre”<sup>10</sup>. Algo de

<sup>4</sup> EG 165.

<sup>5</sup> EG 164.

<sup>6</sup> EG 88.

<sup>7</sup> J. Otón, *El reencantamiento espiritual posmoderno*, PPC, p. 8.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> A. Gesché, *El hombre*, Sígueme, p. 75.

esa negatividad aparece a la hora de asumir los vínculos sociales que desde la fe propone la interioridad. Necesitamos procesos comunitarios que encarnen y den continuidad a ese acontecimiento que, de otra manera, quedaría reducido a una “experiencia luminosa aislada”<sup>11</sup>. El proceso debe ir abriendo la necesidad de vínculos emparentados con la libertad.

El proceso creyente, contemplativo, nos tiene que llevar a descubrir plenitud humana en esa búsqueda. ¿Acaso es posible avanzar a través del misterio de Dios, reduciendo la vivencia a estados más o menos subjetivos de paz psicológica? ¿Es que al Dios cristiano no le hace sufrir, no le importa todo el dolor del mundo, no nos habla a través de él?

Cuando buscamos una mirada contemplativa cristiana se hace imprescindible no sólo tomar consciencia de a qué Dios rezamos, en qué Dios creemos, sino también qué tipo de ser humano inspira en mí y en mi comunidad creer en ese Dios.

### 3 Dios se ha hecho prójimo

Imprescindible la pregunta sobre Dios, que siempre es actual. Los cristianos hemos aprendido que Jesucristo nos ha hecho el don no solo de llamar a Dios Padre, sino de que nos experimentemos como hijos, es decir, hermanos. Él nos revela que Dios quiere crear vínculos. Su proyecto pasa por las relaciones humanas. Por eso, no nos tendría que resultar existencialmente tan complicado comprender que “el corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo se hizo pobre” (2 Corintios 8,9)<sup>12</sup>. Algo grave ha debido ocurrir en la experiencia eclesial para que ese nexo esté roto.

Teólogos de nuestro tiempo abrieron una reflexión que ha profundizado la opción de Dios por el pobre, para que quien se abra a un compromiso con Él sepa que “la razón última de la preferencia por el pobre y oprimido no está en el análisis social que empleamos, en nuestra compasión humana o en el contacto directo que podamos tener con el mundo de la pobreza. Todos ellos son motivos válidos, factores importantes en ese compromiso, pero esa opción tiene sus verdaderas raíces en la experiencia de la gratuidad del amor de Dios, en la fe en el Dios de la vida que rechaza la muerte injusta y prematura que significa la pobreza. Es una opción teocéntrica. Fundamento de la práctica solidaria y de la práctica orante entre nosotros. Don y tarea a la vez”<sup>13</sup>.

#### 3.1 Don y tarea

La nueva espiritualidad, la experiencia contemplativa con Cristo, unifica el “Don y la Tarea” en un único tejido que es la biografía personal y la de las comunidades en las que vivimos la fraternidad. Sin ese tejido, los jóvenes sólo perciben retazos, fragmentos, restos arqueológicos. No se trata de culpabilizar, pero es cierto también que “la actual generación juvenil tiene poca capacidad para vivir la parte exigente del Evangelio y de la vida comunitaria cristiana”<sup>14</sup>. Ahí está uno de sus propios desafíos con Dios y con el presente. Pero hoy es tarea de todos, no sólo reconstruir ese nexo, sino darle creatividad existencial para que pueda ser experimentado.

“Muchas de las imágenes de Dios que heredamos son, como mínimo, desesperadamente engañosas: Dios como Juez que castiga, Dios como patriarca supremo, Dios como el gran egoísta que impone ‘su’ voluntad sobre todos,

<sup>11</sup> Jesús Rojano, *Cultura actual y pastoral juvenil*, Editorial CCS, p. 110.

<sup>12</sup> EG 197.

<sup>13</sup> G. Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, Sígueme, pp. 51-54.

<sup>14</sup> J. Rojano, *Cultura actual y pastoral juvenil*, p. 129.

Dios como el manipulador todopoderoso que nos envía terremotos, diluvios y otros desastres: un Dios que está muy lejos”<sup>15</sup>. Cuando nos hacemos contemplativos poniendo nuestros ojos en Jesucristo descubrimos que ese Dios no existe. Porque los dioses que falsean al ser humano son falsos<sup>16</sup>.

Esos escombros siguen estando ahí. Irse al otro extremo genera cristianos de ocasión, sin proceso creyente. Tampoco se trata de aspirar a repetir éxitos de antaño; pero hemos de estar atentos porque “las nuevas generaciones, las que han tenido la suerte de ser educadas en una imagen menos tétrica y más gratuita, empiezan a detectar este peligro: todo puede resultar demasiado obvio y pasivo, sin exigencia, sin tensión hacia delante”<sup>17</sup>. De ahí la importancia de no hacer arqueología ni “buenismo” con la vivencia de Dios, que terminaría siendo una manipulación, por no decir ideología.

Es verdad que en el cristianismo todo está empapado por un clima de “Don”. Jesús no ha pedido a sus discípulos, ni espera de nosotros, que seamos una élite divina; pero sí que transmitamos en nuestra existencia eso que descubrimos en la constante apertura al misterio de Dios. Facilitar esa “tensión hacia delante”.

### 3.2 Una sana tensión

¿Cómo facilitar esa sana tensión? No puede quedar reducida a una cuestión teórica. Tampoco dependiente de cierto voluntarismo, ni negar que el Espíritu actúa siempre. Pero la práctica solidaria con el empobrecido, como la práctica orante, han de unificarse en la práctica del amor a Jesucristo que siempre ha de ser sanamente tensional, creativo, abierto. El Dios al que Jesús nos da acceso es siempre más.

Los cristianos decimos vivir, actuar, existir en el deseo y la sed del Dios de Jesucristo. Pero ¿tenemos alguna forma de saber cómo es en realidad Dios? Luis González-Carvajal contesta que “la fe cristiana responde afirmativamente a esa pregunta diciéndonos que Dios se ha revelado a sí mismo de manera plena e insuperable en Jesús de Nazaret”<sup>18</sup>. Luciani nos recuerda que “actuaba con la compasión del no violento, defendía al que era acusado injustamente, servía al pobre, al despreciado, y se hacía cargo de los enfermos y agobiados por la vida sanándolos”<sup>19</sup>. Y el hermano Roger aclara que, “puesto que embarga al hombre en su totalidad, la contemplación del Dios de Jesucristo no puede conducir al quietismo. Al contrario, arrastra a la acción audaz, sin tibieza posible. Nos lanza indefectiblemente a la carrera”<sup>20</sup>.

Buscando abrirme al misterio de Dios a través de mi “práctica del amor a Jesucristo” en quien “reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col 2,9), tengo que ser capaz de darme cuenta del “modo en que estoy siendo o quiero ser humano”. Tendré que vivir en mi búsqueda de Dios el rostro que me lo hace reconocible, pero también el que me ofrece a mí. Así fue para Jesús, que “no asumió muchas de las lecturas sobre Dios, el hombre y el mundo que existían en la amplia variedad religiosa del judaísmo del siglo I, y sí asumió otras”<sup>21</sup>. Esa apertura crítica supone acoger la tensión de no aceptar “que los privilegiados definan la realidad porque eso hace incurable la injusticia”, retrasa el deseo de Dios. Esa tensión con suelo en la realidad romperá las “olas del entusiasmo espiritualista” y puede deshacer ciertos escepticismos.

<sup>15</sup> A. Nolan, *Jesús, hoy*, Sal Terrae, p. 183-184.

<sup>16</sup> Cf. A. Gesché, *El hombre*, p. 101.

<sup>17</sup> A. Torres Queiruga, *Alguien así es el Dios en quien yo creo*, Trotta, p. 35.

<sup>18</sup> L. González-Carvajal en AA.VV. *La crisis de Dios hoy*, Khaf, p.60.

<sup>19</sup> R. Luciani, *Regresar a Jesús de Nazaret*, PPC, p. 26.

<sup>20</sup> Roger de Taizé, *Vivir el hoy de Dios*, Herder, p. 47.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 184.

Hoy, como los primeros cristianos, cada uno de nosotros tendrá que buscar a Dios desde lo que aconteció en Jesús. Y con ellos, tendremos que “aprender cómo Dios actuaba donde menos se le esperaba, desde esa Galilea de los gentiles de la que nada bueno y agradable a Dios podía salir (Jn7,52), y desde el madero de un crucificado que había sido condenado, abandonado por muchos”<sup>22</sup>. Esa “tensión hacia delante” viene al “valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia”<sup>23</sup>. Buscando a Dios, puestos nuestros ojos en Jesucristo, su Espíritu nos enseña a ver más allá de las apariencias, y es así como nuestra fe es contemplativamente cristiana.

La “perla preciosa”, el “tesoro”, será descubrir que Dios me habita para que conozca la verdadera realidad que soy, que es todo ser humano; pero también que el Reino se puede comparar con el que busca (Mt 13,45). Así la contemplación cristiana me hace consciente de que no hay otro camino para descubrir el rostro de Dios que buscar el rostro humano, con todos sus matices y riquezas.

Si Dios me busca, si se hace prójimo, si se revela en todo rostro humano, no será inútil cuestionarme cuando perciba que utilizo una cierta comprensión de Dios para justificar mis “quietismos”. ¿Es Dios siempre el mismo para mí o experimento la tensión que me lleva a no generar ídolos con la imagen de la divinidad, con su misterio? Cada vez hay más certeza de que “la transformación del mundo comienza con el cambio en las representaciones de Dios”<sup>24</sup>. Y este cambio se inicia en el corazón, en la “vida vivida” de cada creyente y madu-

rada en la contemplación que nos hace discípulos de Jesús, presintiendo “lo profundo, lo inmenso de un amor que sobrepasa todo conocimiento (Ef 3,18-19). Ahí encontrarás, hasta el final de tu vida, razón para maravillarte y la audacia para recomenzar una y otra vez”<sup>25</sup>. La contemplación cristiana nos lleva de comienzo en comienzo. Asistiendo siempre a un nuevo nacimiento, ya que “unido a Cristo, lucha y contemplación tienen una sola y misma fuente: si oras, es por amor; si luchas por devolver su rostro de hombre al abandonado, es también por amor”<sup>26</sup>.

## 4 Creer es crecer con otros

La búsqueda de Dios en la personalización de nuestra fe viene marcada por el crecimiento personal al seguir a Jesucristo. Creer es crecer, y crecer con otros. La presencia del Espíritu del Dios vivo en todo creyente se expresa generando un proceso de transformación que afecta a nuestras relaciones. El Espíritu de Dios engendra vida; pero algo no funciona porque aún hoy “la mayor parte de las personas piensan que entre el creyente y el no creyente solo hay una diferencia de opiniones”<sup>27</sup>. “Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino... Se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos”<sup>28</sup>. Es a través de los otros como Dios nos habla y nos llama. No es una cuestión de opiniones, sino de estilo de vida.

Desde sus inicios la comunidad cristiana vivió ese proceso a través de la imagen del discipu-

<sup>22</sup> R. Luciani, *Regresar a Jesús de Nazaret*, p. 191.

<sup>23</sup> EG 199.

<sup>24</sup> Th. Ruster, *El Dios falsificado*, Sígueme, p. 30.

<sup>25</sup> Roger de Taizé, *Las fuentes de Taizé*, PPC, p. 14.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>27</sup> A. Louf, *Iniciación a la vida espiritual*, Sígueme, p. 89.

<sup>28</sup> EG 91.

lado, del seguimiento a Jesús. Poner los ojos en Jesús, aceptarlo como el Maestro y el Señor, implica dejar que su Espíritu nos habite y nos trabaje, nos saque de todo ensimismamiento narcisista. Nos ayude a saltar los muros. Su Espíritu nunca invita a la pasividad ni al egoísmo. Mucho menos al aislamiento insolidario, ni a la ambigüedad de lo vaporoso, tampoco a lo que nos aleja de la vida. Pero no hay seguimiento sin sombras. No hay discipulado sin asumir las propias fragilidades. Para comprenderlo bastaría poner atención a la figura de san Pedro en los evangelios. Por eso es importante ayudar a los jóvenes a descubrir recursos para que no se bloqueen cuando se hacen conscientes de sus propias incoherencias, o cuando se encuentran con las contradicciones de la comunidad eclesial. No son pocos los que desisten por creer que ese no es un camino hecho para ellos. ¿Con qué lenguaje podríamos decirles que “la noche oscura del alma, esa fase de crecimiento en el que nada de lo que creíamos parece ya seguro, puede llevarnos más cerca de Dios de cuanto podemos haberlo estado jamás? Que es entonces cuando nuestro espíritu se centra y se tensa para encontrar de nuevo la luz”<sup>29</sup>.

Contemplar el misterio de Dios nos adentra en la radicalidad de Jesús: “Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana”<sup>30</sup>.

#### 4.1 Un camino con obstáculos

Y tampoco se avanza siempre en línea recta. Importa seguirle a Él, pero en el Evangelio aprendemos que hay discípulos que “al comienzo, le siguen al instante (Mc 1,18), luego asustados (Mc 10,32), y finalmente huye-

ron (Mc 14,50) o le siguen de lejos (Mc 14,54). La radicalidad de Jesús se traduce en un proyecto de vida que llama a despojarse de todo lo que impida la libertad y el crecimiento”<sup>31</sup>. Pero no es cuestión de un acto mágico, sino de todo un proceso existencial que va adquiriendo sabiduría.

La paz cristiana pasa y viene desde el desafío de lo cotidiano. Está bien recordar que cuando San Pedro quiere evitar a Jesús el precio de su fidelidad al Reino, la respuesta que Pedro escucha de Jesús es “quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios” (Mt 16,23). La contemplación cristiana debe darnos esa intuición de cuando construimos “según Dios”, desde los valores del Reino, desde el Evangelio de Jesús que empuja al crecimiento incluso desde las mismas fragilidades, pero dejándonos ver que no todo vale.

El papa Francisco nos lo ha recordado en la *Evangelii Gaudium* al decirnos que “el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo”<sup>32</sup>. Insistiendo en la necesidad del discernimiento ante formas de consumismo espiritual que alimentan un individualismo enfermizo, él nos dice: “La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro”<sup>33</sup>. Así es como optar por el discipulado nos hace volver, regresar una

<sup>29</sup> J. Chittister, *Aspectos del corazón*, Sal Terrae, p. 38.

<sup>30</sup> EG 113.

<sup>31</sup> J. A. Estrada, *De la salvación a un proyecto de sentido*, Desclée De Brouwer, pp. 387-388.

<sup>32</sup> EG 87.

<sup>33</sup> EG 89.



y otra vez, a Jesús de Nazaret. La contemplación cristiana nos hace discípulos activos de Jesucristo<sup>34</sup>.

La cuestión estará en si yo quiero vivir ese dinamismo o he identificado mi ser cristiano con un “que me quede como estoy”, eligiendo de una u otra manera instalarme en la seguridad de las normas y lo establecido.

Catequistas y sacerdotes nos preguntamos cómo ayudar a despertar ese dinamismo interior tan ligado a la figura del testigo, de modo que sea respuesta a “las grandes cuestiones que amenazan la posibilidad de vivir una vida más humana”<sup>35</sup>. El cansancio, lo aprendido, las faltas de empatía o de lenguaje, la complejidad social, el rechazo a la nueva cultura emergente se vuelven justificaciones. Nos olvidamos de que “a los defensores de la ortodoxia se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y a los regímenes políticos que las mantienen”<sup>36</sup>. También nosotros somos invitados a crecer y crecer con otros y en otras situaciones existenciales.

#### 4.2 *Hacerse discípulo*

La contemplación, la apertura al misterio dinamizador de Dios vivo, avanza en nosotros en la medida en que me voy haciendo discípulo de Jesús, en el modo en que le sigo y le busco dónde Él me cita en el día a día de mi vida y en la de mis contemporáneos. Cuando lo busco en la oración, Él viene a mí con todos los que a diario claman. Y espera “que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo”<sup>37</sup>. Jesucristo trae consigo la comunidad.

<sup>34</sup> Cf. **Frère François**, *Suivre le Christ et se faire disciple*, Les Presses de Taizé.

<sup>35</sup> **R. Luciani**, *Regresar a Jesús de Nazaret*, p. 29.

<sup>36</sup> EG 194.

<sup>37</sup> EG 187.

La experiencia de contemplación se hace más cristiana cuando nuestros ojos, puestos en Cristo Jesús, descubren la hondura de lo humano, su riqueza. Es decir, cuando identifica el rostro de Cristo con el rostro humano, de todo ser humano. Cuando descubrimos que “no podemos no dejarnos afectar por los sufrimientos y padecimientos de los pobres, los enfermos y las víctimas, como sacramentos de Cristo, si queremos ser verdaderamente humanos”<sup>38</sup>. Es una comunidad más amplia que el “reducido círculo de los más íntimos” que “renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio”.

Cuando vamos a los evangelios lo que descubrimos en Jesucristo es una invitación a estar de camino, a seguirlo. Él es quien nos precede. No se instala, vive como quien tiene una tarea. Él no capta adeptos, pregunta “¿Qué buscáis?” (Jn1,38). En él se da esa unidad reconciliada de estar abierto al Dios de la vida y a los hombres y mujeres con los que se encuentra en su itinerancia y con los que convive.

El proceso de personalización de mi fe me descubre razones para vivir solidariamente con otros. Pone ante mí el camino elegido por Jesús y el que propone a sus seguidores, que no es otro que el del amor que aspira a un amor mayor a través del servicio a los demás, a través de vivencias de plenitud que nos hacen más humanos. “El amor con que amamos al otro es la garantía de la verdad de nuestra contemplación. El signo de autenticidad de toda vida interior, de toda relación con Jesucristo, es el descubrimiento del prójimo. Y si el prójimo desaparece de nuestro diálogo con Cristo, es porque nuestro amor a Dios se refiere a una divinidad mítica sin relación alguna con nuestra humanidad, pero no al Cristo del Evangelio”<sup>39</sup>. El hoy de Dios y el de la familia humana coinciden, es el mismo.

<sup>38</sup> **R. Luciani**, *Regresar a Jesús de Nazaret*, p. 28.

<sup>39</sup> **Roger de Taizé**, *Vivir el hoy de Dios*, pp. 42-44.

## 5 La innumerable santidad

Quizás tengan razón quienes piensan que “muchas de las nuevas manifestaciones religiosas pueden ser el síntoma de una patología más que de un retorno”, que se “está trivializando lo sagrado, banalizando la espiritualidad, devaluando la religión que, en lugar de adentrarse en las profundidades del ser, mantiene encadenados a una superficie que a menudo resulta vulgar”<sup>40</sup>. Sin embargo, a la vez, aparece con significados nuevos la innumerable santidad.

En ambientes no solo juveniles sino también adultos habíamos identificado la palabra santidad con chatarra de tiempos superados. Y con el abandono de la palabra habíamos olvidado también su realidad: la vida en plenitud: “Puede que necesitemos toda una vida recorriendo carreteras secundarias hasta encontrar las autopistas del corazón que nos lleven al lugar al que pertenecemos, plenos, satisfechos y dichosos”<sup>41</sup>; pero ese lugar existe y es el camino y la meta del discipulado cristiano. La santidad, la transformación en Cristo de quien se abre al misterio de Dios, acontece allí donde el ser humano elige amar al estilo de Jesús y con su mismo amor: “Cristo no obliga a nadie a amarle, pero Él nos ha amado primero. Está siempre al lado de cada uno de nosotros como un pobre. Siempre está ahí, en el árido acontecer o en la fragilidad de la vida. Su amor es una presencia de eternidad”<sup>42</sup>.

Este amor de eternidad que sostiene toda entrega, todo compromiso, toda lucha, hace que no se pierda nada de lo que somos, nos lleva a las profundidades del ser y enciende el fuego del Evangelio, siempre de una manera nueva.

Dos teólogos españoles intentan recuperar la hasta ahora innumerable santidad: Jon Sobrino y Andrés Torres Queiruga, que afirma que la emergencia del laicado, el valor de las espiritualidades no cristianas, la crisis del cristianismo en Occidente, el contraste entre la multiplicidad de espiritualidades y la unicidad del Evangelio y el nacimiento de una “espiritualidad atea”, convierten a la “santidad cristiana” en un caso o “especie” dentro del amplio “género” de las espiritualidades<sup>43</sup>.

La palabra “santidad” se recupera con la vuelta a la interioridad, en la perspectiva que responde a las búsquedas de este hoy en el que tantos hombres y mujeres “desean vivir en plenitud y ayudar a otros a vivir la aventura de la vida en toda su belleza”<sup>44</sup>. Son minoría, pero son levadura.

La santidad es una afirmación existencial de la bondad de Dios, de su presencia en la historia de todos los humanos y en todos los lugares de la tierra. El hombre o la mujer que participan del don solidario de la santidad se transforman en lugar de revelación de la preferencia de Dios por los empobrecidos, por las personas que están en situación de “vida débil”.

Su vida se hace expresión de que ante el dilema discursivo entre lo sacro y lo profano, Dios ha elegido “lo humano”. La contemplación del misterio, la santidad al estilo de Jesús, viene a ser “vivir desde Dios”, integrando la marginalidad que comporta, y que el mismo Jesucristo experimentó por “el deseo y práctica de comunión con el destino humano”, en la decisión de “vivir y dar vida”.

Jon Sobrino habla de “santidad primordial” como la realidad que acontece en situaciones de “miseria y crueldad”, lugares donde

<sup>40</sup> J. Otón, *El reencantamiento espiritual posmoderno*, p. 132.

<sup>41</sup> J. Chittister, *Aspectos del corazón*, p. 102.

<sup>42</sup> Roger de Taizé, *Dios solo puede amar*, p. 34.

<sup>43</sup> Cf. A. Torres Queiruga, *Creados por amor*, en *Concilium* 351 (2013), p. 346.

<sup>44</sup> J. Sobrino, *Repensar la santidad*, en *Concilium* 351 (2013), p. 328.

se hace presente el “enigma de iniquidad” a la vez que se revela un “anhelo y voluntad de vivir” tal, que hace aparecer “la dignidad de las víctimas y la solidaridad entre ellas”. Esta santidad que él llama primordial aparece aportando salvación en situaciones límite de seres humanos que son pobres y víctimas. La santidad así nos remite a lo más originario del corazón humano.

Muchísimas personas hemos visto esta santidad primordial, tras el terremoto de Haití, en quienes no pudiendo dar “la vida por supuesta” han elegido servir, transmitir esperanza, convertirse en testigos de la “excelencia que tiene la vida de estas mayorías” sufrientes.

La mirada contemplativa se hace bendición y alabanza viendo que Jesús “ha hecho realidad viviente dentro de la historia humana una acogida plena y una entrega sin reserva al proyecto divino. Con él y gracias a él aparece abierto y realizable para todos el camino hacia la plenitud”.

## 6 Dos lugares de revelación: Taizé y Haití

Quiero terminar manifestando mi asombro ante el hecho de que una comunidad monástica haya propuesto de 2012 a 2015, a los miles de jóvenes que van a orar con ellos, buscar juntos una nueva solidaridad. Taizé, profundizando en las fuentes de la fe, propone a los jóvenes ir a los otros. No se trata de una opción ingenua: “Para iniciar una solidaridad, vayamos hacia el otro, aunque sea con las manos vacías... La pobreza no concierne sólo a la existencia material. Puede ser privación de amistad, falta de sentido de la vida, ausencia de acceso a riquezas tales como la poesía, la música, el arte, todo lo que abre a la belleza de la creación [...]. Comprender, por ejemplo, que los países occidentales no son tanto llamados a la generosidad humanitaria

hacia el continente africano sino más bien confrontados con la obligación de hacer justicia a ese continente. Lo mismo sucede con países como Haití. Este pueblo, tan lleno de dignidad y tan auténticamente creyente, es uno de los más maltratados y humillados de la historia”<sup>45</sup>.

Otro lugar que me asombra es Haití. Desde antes del terrible terremoto de 2010, nuestra pequeña asociación *Acoger y Compartir* vive un compromiso con ese pueblo. El terremoto nos golpeó fuertemente con el derrumbe de la escuela que terminábamos de inaugurar. En ella murieron los niños y profesores de la franja horaria de la tarde. Esa desgracia nos hizo dedicar una mayor atención al sufrimiento de personas concretas de ese pueblo. De pronto, el dolor inocente de los más pobres golpea todas tus seguridades y te haces consciente de que demasiados pueblos no están pensados para la vida de las mayorías pobres.

El obispo Pierre André Dumás, obispo de Anse-a-Veau y Miragoane, presidente de la Cáritas de Haití cuando se dio el terremoto, nos decía: “Hoy la fuerza del pueblo de Haití es su fe en Dios, que le ayuda a la gente a ponerse de pie y a mirar al futuro con esperanza”. En esa entrevista decía también que “la Iglesia perdió todo a nivel de edificios, pero se quedó en pie porque es más que un edificio... Encontró mayor rigor desde el momento que no tiene nada de material, ni siquiera aquellos edificios y bienes que dan prestigio. Nos encontramos sólo con lo esencial”.

¿Cómo transformar nuestras comunidades, nuestras parroquias, en lugares de especial revelación, para que los jóvenes puedan descubrir y experimentar la mirada contemplativa que abre a la santidad primordial?

JOSÉ MIGUEL DE HARO SÁNCHEZ, CSSR

<sup>45</sup> Carta de Taizé, Carta 2012-2015.